

Los rivales de El Palmar de Troya

SI TU PAPA, YO SANTO

Si Clemente Domínguez, de El Palmar de Troya, ha osado coronarse Papa con el nombre de Gregorio XVII, otros personajes de nuestra Andalucía pícaro y beatona, místicos de sacristía que son los más avisados en los negocios terrenos de la espiritualidad, han llegado más lejos. Al fin y al cabo, ser Papa, como obispo, o simple presbítero, no deja de ser una jerarquía terrena. El grado de santo, beato, señor, mártir, pertenece al escalafón de lo divino. Y si en El Palmar hay un Papa, en Cónchar hay una beata en vida, Margarita de Jesús, creación del cura del pueblo, don Saturnino, el mayor rival de Clemente Domínguez en asuntos propios de apariciones. Y en La Joya, un santo, el santo Custodio. Y otro en Los Chopos, el santo Manuel. Cerca de Berja vive el Dios de Castala. En Córdoba, Anita la de la peseta sigue echando sus parrafadas con Dios. Y en Granada, de vez en cuando a fray Leopoldo, el pobre, con lo bueno que era en vida, le achacan un milagrillo para mantener saneado el negocio. Eso sin contar las caras de Bélmez, que cayeron en desgracia, y toda una serie de curanderos, milagreros y los oscuros personajes de la brujería, que dejan a la altura de un zapato al famoso Gregorio XVII, líder hoy por hoy de este movimiento milagrero con trasfondo de trapicheos económicos. Más quisiera Clemente en lugar de solideo llevar la corona de flores del santo Manuel Contreras o la corona de espinas de la beata Dolores Ortega.

ANTONIO RAMOS ESPEJO

Si no fuera por el Señor, a Margarita y a mí nos hubierais quemado en la plaza. Las mujeres, los críos, los hombres hechos y derechos de aquella serranía se echaron a temblar. Casi sonrieron los más liberados, o los endemoniados del bando de los malos. Había sonado, una vez más, la voz apocalíptica, furibunda, amenazadora de don Saturnino Molpeceres durante la misa de San Roque, patrón de Cónchar (Granada). Margarita, la beata, la santa, la iluminada, o Margarita de Jesús, que queda más propio por su parecido con la vida de Santa Margarita María de Alacoque, es Dolores Ortega, una mujer de algo más de cincuenta años, soltera, que fue milagrosamente curada en 1966. Desde entonces recibe con cierta asiduidad la visita del Señor y vive en una especie de **templete** o **sancta sanctorum**, que le ha construido en su propia casa don Saturnino, el párroco, que además de cura es carpintero y electricista, agraciado también con algún milagrillo. Margarita hace vida de santa, virgen y mártir. Rechaza los placeres de la carne. Su vida es una continua mortificación; duerme en una tabla con púas, que conservan su sangre, y hace sacrificios como el de estar un año sin beber agua.

El caso de Cónchar nació antes que el de El Palmar de Troya. Al principio ambos centros gozaban de una misma clientela, hasta que El Palmar inició el despegue. Celoso del auge de Clemente, don Saturnino, que pacientemente había estado preparando su grey, montó el "show" a la desesperada hace tres años, en 1975, en "Hora 25". La beata Margarita y su milagro adquirieron popularidad y mucha gente empezaba a visitar aquel nuevo centro de la beatitud. Cierta prensa que don Saturnino

califica hoy de "masona, comunista, socialista..." desmontó también aquel tinglado, como "Granada Semanal" (Agustín Cañete, en un excelente trabajo, demostró que Dolores Ortega, Margarita, ya estaba curada de su tuberculosis en 1951). TRIUNFO (ver "Granada no está para milagros", número 664, junio 1975). A pesar de todo, aunque apesadumbrado, porque Cónchar ya no podía ser El Palmar, ni Margarita tan conocida como Clemente (hubiéramos tenido una "papiña" en lugar de un

vulgar Gregorio XVII), el párroco, que es madrileño, siguió adelante. Por eso me he acercado de nuevo a este pueblo, de 450 habitantes, cerca del valle de Lecrín, entre Cozviljar y Albuñuelas.

Las beatas de don Saturnino

Camino del pueblo, un campesino, que lleva a reata dos mulas cargadas con gavillas de garbanzos, me dice que él no puede contar nada, que, en todo caso, que hable con don Saturnino. Junto a la iglesia está el lavadero público, estigma del subdesarrollo andaluz. Un grupo de niñas restriega trapos. Otros niños juegan en la plaza. Una mujer atraviesa la calle. Me llama la atención porque va vestida con hábito de color azul con diabetes rojos (como si fuera un uniforme femenino de FN, pero

en su versión piadosa) y un delantal, y peinada con un **roetico** a cada lado. Resulta que es Margarita. Me tropiezo con otras mujeres piadosamente informadas. Una de ellas entra en el bar donde se vende de todo a comprar semilla. Le pregunto y me dice, con cierto desprecio humano y retintín:

—Es el hábito de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro...

Y se va. Pero un hombre del pueblo aclara con intención:

—Son las beatas. Hay lo menos quince...

—¿Y siempre van así?

—Así las tiene el cura. Y no hay más porque no ha podido con las demás. Pero su intención era hacer de Cónchar un convento. Todas para él.

—¿Y ustedes no...?

—Tiene mucha influencia. El pueblo está atemorizado. Don Saturnino es el que manda. En las elecciones casi todos le hicieron caso. Y se votó a la derecha. Quiere hacer del pueblo un convento. Coge a las muchachas de pequeñitas para enseñarlas en sus cosas... También la mujer que está con él lleva hábito, es otra de las beatas principales. Se la trajo de un convento.

—¿Las hay casadas y solteras?

—Casi todas solteras, menos dos o tres que están casadas.

—Cuando una muchacha de Cónchar se pone el hábito, ¿se casa después?

—Es muy difícil. Sólo se ha dado un caso: una muchacha que se la llevaron los hermanos a Barcelona. Allí se quitó el hábito, empezó a trabajar y se casó.

—¿Y Margarita?

—Eso es un changüi...

—¿Cómo?

—Un rollo. Un tinglao..., para que vengan cuatro señoritos bobos de Graná. Pero a mí me parece que este rollo ha decaído un poco, aunque aquí sigamos igual.



EL SIERVO DE DIOS
FRAY LEOPOLDO DE ALPANSEIRE
CAPUCHINO
TRIDUO-NOVENA
(Para uso privado)

ORACION.—Oh Dios que dijiste: «El que se humilla será ensalzado», vuelve los ojos de tu misericordia a las virtudes que practicó tu fiel siervo Fray Leopoldo, y haz que también nosotros vivamos humildes y puros en tu santo servicio. Dignate glorificar a tu siervo en la tierra y concédenos por su intercesión la gracia que le pedimos, si es de tu divino agrado. Así sea.

JACULATORIA.—Pastora Divina de las almas! Por la filial y tierna devoción que te profesó Fray Leopoldo, dignate interceder ante la Santísima Trinidad para obtener la gracia que te pedimos. (Tres avemarías).

Para obtener los frutos obtenidos o solicitar cualquier oración al P. VICARIO-POSTULADOR - CONVENTO DE CAPUCHINOS - GRANADA (ESPAÑA).

(Con número acreditado)
TARRAGONA - VITRUBIA O. L. N. 792 - 1967

Fray Leopoldo de Alpanseire no quiso en vida montajes como los que, después de su muerte, especulan con su santidad, probablemente auténtica.

—¿Hay dinero por medio?

—Ella no puede recibir nada. Si quieren dar algo, lo recibe don Saturnino. Hay estampas que sólo las puede vender él. Don Saturnino le ha construido allí a la beata una cama de madera, le ha montado luces, un altar. Y allí se encierran las beatas a hacer sus cosas.

—Todo esto es muy triste, ¿no cree?

—Pero no hay quien pueda con este hombre...

Rivales de El Palmar de Troya

En otro lugar del pueblo, una mujer me dice con indignación: "Tiene a los niños atemorizados. Les dice, como a todos, que si se van a morir, que si el infierno, el castigo... Que como no confiesen... A una niña se la tuvieron que llevar a Barcelona de tanto susto como tenía. Le había metido en la cabeza que se iba a morir y a condenar. Con este hombre no se puede vivir en el pueblo. Quiere que pasemos por sus locuras. Yo soy católica, pero



no me puedo creer tanto disparate como él explica que le dice el Señor a Margarita y a él. A muchas de nosotras nos tiene declarada la guerra. A la iglesia hay que ir con velo, mangas largas y falda. El pantalón en las mujeres no lo permite. Los sermones son para meternos miedo. Que si los rojos van a venir y a hacer un desastre... Y mire usted, ya no hablo más, que luego todo se sabe y yo no quiero llos con este hombre".

En otra casa, tres mujeres me advierten que si don Saturnino me pregunta quién le ha dicho que él me puede dar una foto, que no le vaya a decir que han sido ellas, "que luego nos pregona y nos toma... El le recibirá con muy buenas palabras, pero luego, hay que ver qué hombre".

Tengo cierto miedo a que don Saturnino descubra que soy perio-



Margarita de Jesús, la "santa" de Cónchar, y el "sancta sanctorum" que le ha construido el cura don Saturnino.

disto. Un compañero hace años que salió vapuleado del pueblo. Llamo a la puerta del señor párroco. Abre una mujer, de unos cincuenta años, vestida con el hábito de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro. Una vez dentro veo de pronto que se asoma por una puerta del patio una niña de unos nueve años, con un velo, como de primera comunión. Me imagino que será una novicia infantil, controlada por el beaterio. Y aparece, **ensotanado**, pelo blanco, estatura media, el cura tridentino. Le cuento un rollo de una devota que me ha encargado una estampa y consigo que don Saturnino se siente en su mecedora y balanceo va, balanceo viene, me cuente extasiado el milagro de Margarita, las grandezas de esta mujer.

Don Saturnino cambia el tono suave de su voz para irse de la lengua cuando le menciono el caso de El Palmar y la autocoronación de Clemente Domínguez como "Papa".

—Lo nuestro —dice— es de una evidencia aplastante. Pero lo de El Palmar no... Hay unas cosas que me han hecho dudar. A mí lo de El Palmar, como al padre Albarracín y al padre Luna, empezó a interesarme. Pero luego vi que había un misterio raro, que yo todavía no he podido desvelar. Mire usted, no se habla de un hombre que fue decisivo durante los tres primeros años, el practicante de Utrera, un hombre que está separado de su mujer y amancebado con otra. Decla que vela a la Virgen y seguía amancebado. Yo no

me lo explico. Este hombre iba al lentisco, se ponía de rodillas y empezaba a moverse de una forma muy rara, con un cigarro en la mano y el sombrero puesto. Y decía: "Mirad, por allí viene la Virgen... Allí está... ahora está en aquel sitio...". Y seguía con el sombrero y con el cigarro en la boca.

—Era como para que se le hubiera caído el cigarro —le digo a don Saturnino.

—Claro. Hombre, si yo no digo que la Virgen no se pueda aparecer a un amancebado. La Virgen, claro que se puede aparecer a un amancebado, pero para decirle que cambie su vida, que vuelva con su mujer y deje a la otra... Ya le digo que hay unas cosas raras en El Palmar que me hacen sospechar, y de este hecho no se ha vuelto a hablar.

"Otra vez, cuando empezaron a decir —añade el párroco de Cónchar— que se aparecía una sombra, que era el demonio que se ponía delante de la Virgen, mandé a un hombre del Albaicín (Granada) con agua bendita al lugar de las apariciones. Se fue allí, y cuando apareció la sombra se lió a echarle agua bendita y la sombra echó a correr por aquel pedregal. Otra vez, según me contaron, María Marín, la vidente, y Clemente Domínguez estaban arrodillados junto al lentisco, esperando la aparición. Cuando María Marín dijo que estaba viendo al Señor, Clemente empezó a gritar: "¡Es mentira, yo soy quien lo veo. Mirad, está aquí...!". Y luego, María le

llamaba también mentiroso a Clemente. Dieron el espectáculo hasta el punto que el padre Luna les llamó la atención cuando ya estaban solos.

Margarita obedece ciegamente a don Saturnino

"Clemente sabía —continúa don Saturnino— que nosotros criticábamos estas cosas. En una ocasión dijo Clemente que su mayor enemigo en Andalucía era el párroco de Cónchar. Porque él sabía que lo nuestro es auténtico, con pruebas. Una vez, Clemente y Manuel Alonso vinieron a Cónchar. Era un domingo, estuvieron en Misa, comulgaron y se dieron una vuelta por el pueblo. Yo no los conocí, pero me dijeron que eran ellos. Ahora se ha precipitado, ya eso de proclamarse "Papa" y tantas visiones no lo veo yo muy serio. Claro que la Virgen se le puede aparecer, como a Margarita. Ahora, la Virgen o el Señor pueden decir que la Misa se diga en latín, que las mujeres entren correctamente vestidas en la iglesia, y otros mensajes. Pero no se ponen a decir, como cuenta Clemente, que te vayas ahora a Nueva York, después a Washington... Esas cosas no las dice el Señor".

Por último, le decimos a don Saturnino que hemos visto a muchas mujeres con hábitos, que a qué se debe esa "costumbre". Y me dice: "Ellas lo han querido. Así no tienen que preocuparse de las modas. Pues lo mismo que yo, con mi sotana... Ahora los curas también tienen que estar pendientes de si la chaqueta, el pantalón, la camisa... Y con una sotana, qué sabe nadie si yo llevo camisa, o si llevo el pantalón corto o el pantalón largo...".

Hace veintiocho años que llegó don Saturnino a Cónchar. En junio de 1975 el párroco tridentino recordaba así la llegada a su nuevo destino (antes había estado en Loja, Pinos Puente, Trevélez, etc.): "En el pueblo hacía lo menos veinte años que no ponía el cura el pie nada más que los domingos, día en que llegaba de Cozvíjar en autobús. Cónchar estaba embrutecido, no sabían nada de religión, ignoraban el misterio de la Santísima Trinidad y hasta la confesión. Confesaban a su modo unas doce personas al año. El sagrario rechinaba al abrir las puertas, de no usarlo. Las relaciones deshonestas y la blasfemia, junto con el adulterio, estaban a la orden del día...". A partir de ahí don Saturnino le metió manos a la obra y emprendió su labor en lo que él consideraba tierra de misiones. Y tomó como abanderada principal a Dolores Ortega, enferma de los pulmones, Margarita, que vivía con su padre y se dedicaba a trabajar

"SI TU PAPA, YO SANTO"

en el esparto (confeccionando cuerdas). El padre de Margarita muere y don Saturnino se hace cargo de la joven: "Podía darle toda clase de órdenes, porque cuando el padre murió yo me comprometí a ser como un padre, a cambio de que me obedeciera ciegamente, y ella lo aceptó".

La mano del Señor es como la de un hombre (¿don Saturnino?)

Y Dolores obedeció ciegamente a su nuevo padre, y se convirtió en Margarita de Jesús, con su cama de madera con clavos de punta para mortificar el cuerpo, con cilicios, a cambio de ser la cabeza visible del nuevo movimiento milagrero. No hay forma de hablar con Margarita, a no ser con una fuerte recomendación de don Saturnino. Llamo varias veces a su puerta. "Es inútil", dicen unas vecinas. Cuando don Saturnino no era tan enemigo de la prensa y pensaba que ésta iba a servirle de plataforma de lanzamiento de su montaje, Margarita de Jesús dijo estas cosas a "Granada Semanal" (junio 1975):

—¿Sigue viendo apariciones?

—Sí, y muy buenas, ¡y muy sanas! (visiblemente nerviosa). Y no me dan miedo.

—¿Todas las apariciones han sido la misma figura, la misma luminosidad anterior?

—Casi todas igual. Y los sacrificios me los ordena por los sacerdotes, que se mueren sin que nadie les rece, solos. También por los vivos.

—Usted vive con una hermana, ¿ve ella apariciones también?

—No... ¡bueno!, sí. Algunas veces. Por lo menos eso dice.

—¿Cree que otras personas tienen apariciones como usted?

—Sí, pero... (y aquí se endurece un poco), pero en El Palmir no. Allí no. Si me oyen y se disgustan... esos tienen dos trabajos...".

Margarita vive sola, con una hermana, que es subnormal. Cuando ve al Señor dice que le toca la mano, que es como la de un hombre (¿no será como la de don Saturnino?). Y don Saturnino se siente grande, todopoderoso en este sencillo rincón andaluz, entre campesinos asustados por este cura, que amenaza con mandarlos al infierno si no cumplen con su deber de pecadores en esta tierra.

El santo Manuel bendice las compras de los devotos

De Cónchar a Los Chopos, una aldea del Castillo de Locubín, en

la provincia de Jaén, donde se venera en vida al santo Manuel Contreras, también conocido por el señor, a secas.

La figura del santo Manuel surgió al morir el santo Custodio Pérez Aranda, de La Joya, aldea de Noalejo, también en la provincia de Jaén. Manuel Ortega aprovechó el vacío dejado por el santo Custodio para instalarse en olor de santidad. Este caso es otra variante de El Palmir de Troya, de Margarita de Jesús. En Manuel se da culto al señor de carne y hueso. Ya no es Clemente que ve visiones y se proclama Papa, ni Margarita de Jesús, curada milagrosamente; es un dios de carne y hueso, que bendice, da consejos y recibe culto en su casa, donde acuden a la semana miles de per-



Un campesino, arrodillado, reza ante la casa del "santo" Manuel Contreras, en Los Chopos, aldea de Castillo de Locubín, provincia de Jaén.

sonas esperando que el santo Manuel salga de su santuario para bendecirlos. El santo no solamente bendice a los débiles humanos que en él confían, sino que también imparte su santa bendición a los objetos (rosarios, estampas, almanques, llaveros...), alimentos y bebidas de la tienda de al lado, que es la fuente de riqueza de este otro montaje.

He vuelto al santuario del señor Manuel. Hace cinco años ya lo había conocido. En aquella ocasión fui con Armando López-Murcia. Armando y yo nos pusimos en la cola de peregrinos, que se postraban de rodillas ante el santo, lo tocaban, lloraban ante él y le contaban sus penas. Armando había comprado un librito de fumar y cuando le tocó su turno, el santo Manuel le pasó el librito por su cuerpo y le dijo: "Se te irán estas penas, hijo mío". Pero yo no tuve palabras de consuelo del santo Manuel. Al contrario, me dijo con bastante mosqueo:

"No has venido con fe, sino a espiarme. Aquí han venido muchos entendidos, muchos canónigos, pero no han conseguido engañarme". Después, recuerdo que era el mes de mayo, el santo Manuel, con unas cuantas mujeres, se metió en su casa. Y oímos cantar y rezar. Los alrededores de la casa estaban llenos de flores y objetos de mandas que le dejan los devotos.

Cinco años más tarde, el domingo 19 de agosto, me he acercado otra vez a Los Chopos. Por el camino, un jornalero me hace auto-stop. Lo subo y me cuenta, como de devoto a devoto, la gracia del santo Manuel, que ya no trabaja en el campo; al contrario, se ha permitido comprar una finca en la provincia de Granada. Sus tierras las trabajan los familiares y vecinos de Los Chopos (unas sesenta familias). Al fin y al cabo, debe ser un privilegio dar una peoná en la tierra del santo. Cuando llegamos, el jornalero sale disparado del coche y va a hincarse de rodillas ante la puerta del santo Manuel. Hay varios campesinos arrodillados, una mujer y unos niños. Esperamos un poco hasta que sale el santo, con la puerta medio abierta. Es un hombre de unos sesenta años, gordo, moreno y algo temblón. "Dios os bendiga, hijos míos. ¿Cómo estáis?". Un hombre se levanta y le cuenta que su hermana sigue mal. Otro le lleva un mensaje de la madre, para que le diga algo... Un viejecillo con cara de San Luis bendito permanece arrodillado, con la cara de pan de bizcocho de tanta beatería como le echa al asunto. El santo Manuel bendice a la clientela y saca de un bolsillo del blusón blanco unos cuantos cartoncillos, que echa a los peregrinos: "Tomad, hijos míos". Y desaparece.

Los cartoncillos son bonos de pan. Los devotos hacen promesas y compran en el negocio adjunto tantos bonos como panes le haya prometido el santo. Allí mismo hacen los panes, las rosquillas y los dulces que el señor bendice. El pan bendito del santo Manuel. Como era domingo había poca gente porque, según me dicen en la tienda, el santo descansa los domingos y se va a su finca de la provincia de Granada. Durante los días de la semana aquello es una pequeña Fátima: un negocio de taxis, de objetos de beatería y de alimentación. Una fotografía del santo Custodio (del santo Manuel no se pueden hacer fotos. Cuando se muera sí se podrán vender, como las del otro santo) vale cien pesetas, un llavero horroroso de hojalata, 75 pesetas; un anillo con el retrato del santo Custodio, 80 pesetas... He visto que el nego-

cio se ha agrandado, que aquello prosperó y que a la puerta del santo Manuel se le ha puesto una verja para evitar el contacto con los peregrinos, que antes lo sobaban.

Aprovecho que queda menos gente para hacer una foto del lugar. Una beata me dice que el santo Manuel me castigará si intento hacer fotografías. "Y además —dice—, si llega a hacer fotos no salen. El tiene ese poder...". Y me quedo como acogojado. Se arrodilla otro campesino y dispara la máquina. Pero el hombre se levanta. Me imagino que algo raro puede cocerse allí y pongo pies en polvorosa. Efectivamente, cuando salgo me encuentro que este hombre subía ya en mi busca con otros cinco vecinos. Yo voy ya camino de otro santo por esta ruta de las milagrerías, que tanto se cultivan con el buen abono del subdesarrollo andaluz.

El santo Custodio y su hijo Enrique, el atormentado

Camino de La Joya atravesamos Alcalá la Real. Nos sorprende ver a un niño, de unos once años, con una corona de flores, de plástico, sobre su cabeza, vestido totalmente de blanco. Le acompañaban sus familiares. Pregunto y me dicen que la noche anterior el niño ha tenido unos vómitos en el cortijo, y que se encomendaron no recuerdo a qué santo me dijeron, y al chiquillo se le fue el mal, la sangre. Y lo llevaban a postrarlo ante la imagen de una iglesia de Alcalá.

La Joya es una aldea aislada, entre Frailes y Noalejo. Por el camino, niños trabajando en la era, una niña cuidando cabras, dos mujeres lavan en un pilar del camino. Los estigmas del subdesarrollo. A la entrada de La Joya, en otro lavadero público, dos niñas están en su faena, como dos mujeres mayores. Me dicen que la casa del santo Custodio es la más alta del pueblo. Cuando llego, la puerta está cerrada. Es una especie de ermita, que preside una imagen del Cristo del Paño (el Cristo que hace milagros con las mujeres estériles en la romería de Moclín, tan bien descrita por García Lorca en "Yerma"). Tengo la suerte de colarme a la casa con una familia que viene a hacer su visita de rigor. La madre de familia lleva un cuadro (con la foto de boda de una hija) para colocársela al santo Custodio.

Y una vez dentro, uno cree que está en otro mundo. El santo Custodio murió hace diecisiete años. Recibió culto en vida y lo recibe en muerte. Está enterra-

do en Noalejo. Allí le llevan todavía coronas de flores negras, objetos típicos de mandas (figurillas de cera, pelo, fotografías, postales...). Ahora, en la casa del **santo Custodio**, vive su hijo, Enrique, un hombre de unos cincuenta años, que está como atormentado en aquella casa, de la que huiría de buena gana. Pero está aprisionado por el beaterío y los recuerdos de su padre, que no puede abandonar. Nos recibe (yo voy confundido entre aquella familia) en una habitación, especie de sala de estar rudimentaria. Yo pensé que la "ermita" se reducía a esa habitación. Pero no. De pronto oigo a la mujer del cuadro que dice: "Enrique, ¿podemos pasar arriba? Porque traigo este retrato de mi hija, que está casada, en Huelva, y quiero que se venga, y a ver si colocándolo bien tu padre pudiera..."

La habitación de arriba es un espectáculo grotesco. Entra la luz por un ventanuco. Pero estamos casi a oscuras. Al fondo, un cuadro del **santo Custodio**, rodeado con una corona de flores. Las paredes están totalmente recubiertas de coronas con flores de plástico negras, lazos negros, figurillas de cera, petos de niño chico (que se les colocaría para cumplir una promesa), una combinación blanca... Espeluznante, grotesco. La mujer se arrodilla y le reza al **santo Custodio**. Todos aquellos productos necrófilos desprenden un hedor insoportable, como para marearse y caerse muerto, apestado. Y muerto de miedo, de rabia, de indignación.

De nuevo abajo, todavía atontado por el espectáculo siniestro de arriba, la mujer del cuadro vuelve a decirle al hijo del **santo Custodio**: "¿Podemos pasar al sillón?". Y vamos a otra habitación, donde se encuentra el sillón en el que se sentaba el **santo**. Y allí los devotos se sientan un minuto, diez, una hora, según sea la promesa.

Cuando nos quedamos solos y digo a Enrique que soy periodista, el hombre, que es toda la imagen de un ser atormentado, se sincera, y dice mirando un cuadro de Nuestro Señor del Paño, de Moclín: "El único que tiene grandeza es ése. Lo demás... Lo de mi padre era lo propio de un hombre bueno. Y esto es que a las criaturas les da por estas cosas de mi padre. Y aquí estoy. No tengo más remedio. Pero lo mío es mi muerte, trabajar tranquilo, ¿me comprende? De manera que eso es lo que pasa con estas criaturas que le tienen tanta devoción a mi padre..."

"Aquí no se vende nada —añade Enrique—. Nada más que ver y



El "santo" Custodio Pérez Aranda, de La Jova.

rezar. En lo del **santo Manuel**, pues yo no sé, dicen que va mucha gente y es una cosa como la de mi padre. Y parece que está bien montado. Hasta venden fotografías de mi padre, que nosotros no sabemos ni quién las ha hecho".

Enrique, el atormentado, se ha quedado con las manos en los bolsillos y su gorilla puesta cuando salimos. Vive como un alma en pena en el **sancta sanctorum** de su padre, el **santo Custodio**, que desde los veinticinco años hasta los setenta y tantos que murió fue adorado como un **ser divino**. Tras su muerte recibe un nuevo culto, ya como un **santo** muerto con olor a cera.

Ante la tumba de fray Leopoldo, el guardia civil soltó las muletas

Fray Leopoldo de Alpendeire era un fraile lego capuchino muy popular en Granada. Se dedicaba a recorrer las calles con una bolsa de limosnero. Había nacido la noche de San Juan de 1866, en Alpendeire, un pueblecito de la serranía de Ronda, en la provincia de Málaga. Murió en Granada el 31 de mayo de 1958. El hombre que había sido un limosnero popular, un hombre bueno en la ciudad, empieza a ser venerado tras su muerte. Su sepulcro, en la iglesia del Triunfo, es visitado por miles

de devotos cada semana. Hoy, la figura de fray Leopoldo responde al de un negocio organizado, una fuente inagotable de riqueza, muy lejos de lo que él mismo hubiera deseado. De sus ropas, que parece que se multiplican, se venden reliquias. Los capillos se llenan de limosnas. Se trata de un producto más, como el de El Palmar, sólo que en este caso está totalmente dentro de la ortodoxia de una Orden de la Iglesia, la de los capuchinos. De vez en cuando surge allí el milagrillo, o el **hecho bueno**, para mantener vivo el poder milagroso de fray Leopoldo.

Así, a finales de marzo de este año, un nuevo **milagro** revolucionó a los devotos de fray Leopoldo. Un guardia civil, de cuarenta y cinco años, Salvador Garrido Agüera, devoto del fraile capuchino, viajó a Granada desde Valencia para visitar a una hermana y de camino besar la tumba de fray Leopoldo. El hombre llegó con dos muletas, arrastrando una pierna, que, según él, se la tendrían que amputar. De pronto, el guardia civil besa el sepulcro, reza, tira las muletas y sale corriendo por las escaleras, gritando: "¡Milagro, milagro!". Después se demostraría, según un médico de Valencia, que Salvador Garrido había sido dado de alta y que todo había sido un invento calenturiento del guardia civil devoto. Pero fue la primera noticia la que causó el impacto. "¡Milagro, milagro!... Otro milagro de fray Leopoldo. Y más es-

tampas vendidas, más libros, llaveros, almanaques y cepillos llenos.

"Anita la de la peseta sigue hablando con Dios", en Córdoba

El 28 de marzo de este año, "ABC" de Sevilla publicaba una entrevista de López S. Casinos sobre "Anita la de la peseta", Ana García de Cuenca, la mujer que habla con Dios.

"Anita la de la peseta" es otra variante de los **santos** en vida, porque ella representó a la **milagrera metafísica, intelectual**. Ella habla con Dios y escribe libros con los mensajes que recibe. Ha publicado ya tres obras: "Meditaciones", "Te habla el Profeta" y "Las palabras del Creador". Se la conoce por "Anita la de la peseta" porque fundó en Córdoba el **Club de la peseta**, con socios que se comprometen a dar una peseta diaria para remediar los males del prójimo. Y por tan loable labor a Ana García, que es una mujer casada y tiene un hijo y un nieto, se le ha concedido la **Cruz de Beneficencia**. Sus libros llevan hasta el "nihil obstat" de la autoridad eclesiástica para estar también dentro de la ortodoxia, y no como los de El Palmar, que son unos disidentes desmadrados.

"El me habla sin voz —declara Ana a "ABC"— cuando yo me encuentro sumida en una especie de sueño. Luego transcribo cuanto he 'oido' en estos mensajes, que recopiló día a día para después hacerlos públicos y dar a conocer cuanto me 'dicen', a fin de robustecer la fe de los demás".

En una aldea de Berja (Almería), en Castala, llegué también a conocer a otro de estos personajes curiosos. Se le conoce por el **Dios de Castala**. Pero este hombre no estaba montado en plan negocio, sino como un **loco iluminado** que habla llegado al convencimiento de que él era Dios.

A esta relación, interminable, de beatos, santos, vírgenes, mártires e iluminados, hay que añadir la de los curanderos, tan extendidos por nuestra geografía andaluza, los que dicen poseer esa **gracia** que viene de arriba, con la que se puede curar la ictericia, las verrugas, cualquier tipo de dolor extraño... Y la versión profana del tema nos la dan los espiritistas y brujos, que invocan el poder del mal. Un ejemplo a estudiar es el del **Zángano** de una aldea de la provincia de Jaén. Las mujeres del lugar adoran al **Zángano**. Nadie sabe quién es este personaje, que va rotando entre los hombres del lugar y en las noches de truenos y relámpagos las mujeres, vestidas de luto, le rinden culto negro. ■ A. R. E.